

PRINCESAS DE SANGRE Y FUEGO

Galería de primeras damas de la Historia en la que se pone de manifiesto que el ejercicio del poder no difiere sustancialmente en rigor, crueldad y arbitrariedad en función del sexo del poderoso -en contra del arraigado mito sobre el monopolio masculino de esas cualidades-, si bien es cierto que, históricamente, ese ejercicio del poder ha supuesto un menor riesgo personal para las mujeres, tal vez porque, digan lo que digan los prejuicios de moda y los intereses creados, en todo tiempo y lugar ha prevalecido la no-violencia de género.

Si las feministas tuviesen razón al afirmar que las mujeres han vivido oprimidas por los hombres durante cinco mil años, sin haber dado muestras de sentir tal opresión durante los primeros cuatro mil novecientos cincuenta, se impondrían necesaria e inexcusablemente dos explicaciones alternativas al fenómeno. O bien que las mujeres, criaturas errantes de un limbo de oligofrenia, habrían sido incapaces de sentir el peso de sus gruesas cadenas milenarias. O bien que, careciendo de esa astucia que, en los malos, hace las veces de inteligencia, o del problema de autoestima que los ciudadanos de a pie compartimos con los políticos –nosotros por defecto, ellos por exceso-, o de otros valores similares que suelen resultar indispensables para acceder a los puestos de mando, habrían quedado excluidas de ellos. Lo cual no sería más que la inevitable aplicación de las leyes históricas del poder, que han relegado a segundo plano a los menos dotados de la rudeza y la ambición requeridas para ejercerlo, incluida la inmensa mayoría de los varones. Es decir, si la tesis feminista de la opresión milenaria de la mujer fuese cierta, simplemente habría ocurrido lo que, por ley histórica, tenía que ocurrir.

Ahora bien, también es posible que tuviese razón Temístocles al resumir el estado de cosas así: "yo gobierno a los atenienses, mi mujer me gobierna a mí", y que haya sido ésa la actitud histórica predominante de la mujer respecto del poder político. En tal caso, habría de reconocerse que, en política, ellas han sabido estar a las maduras sin estar a las duras, y que han sabido aprovechar las ventajas del poder sin necesidad de cargar con sus inconvenientes. Tradicionalmente, esos inconvenientes no eran desdeñables, como lo son en el siglo XXI, y frecuentemente revestían la forma de destierro, cárcel y patíbulo. Los entresijos y laberintos de esta modalidad femenina del ejercicio del poder están magníficamente descritos en el libro "En defensa de las mujeres", del escritor y periodista estadounidense H.L. Mencken (1880-1956), un canto irónico –no exento de resabios maquiavélicos- al pragmatismo oportunista de la mujer frente al idealismo sentimentaloides del hombre. "No ha existido debilidad del hombre en la que la mujer no haya sabido penetrar para obtener ventaja, no ha habido un solo truco al que no haya dado un uso eficaz, no se ha visto artimaña tan arriesgada e inusitada ante la que ella se haya amilanado" escribía Mencken en 1918. Y concluía: "Creo que la mayoría de las mujeres no estaban ansiosas de ver aprobada la ampliación del sufragio, y que la tienen por algo de muy poca monta. Saben que pueden conseguir lo que quieren sin necesidad de visitar las urnas."

Quienes repudien esa línea de pensamiento que va de Temístocles a Mencken, no tendrán más remedio que acudir a otras explicaciones más pesimistas acerca de la capacidad de las mujeres, por ejemplo, las aportadas por Aristóteles, San Pablo o Santo Tomás de Aquino, que, en el fondo, para demostrar una vez más que la ley de la afinidad de los contrarios es inexorable, comparten, a su pesar, las más acérrimas

feministas. Lo mismo que una chaqueta sigue siendo chaqueta aunque la pongamos al revés, la idea de la supuesta inferioridad histórica de la mujer sigue siendo la misma en boca de San Pablo, cuando afirma que el hombre es cabeza de la mujer, que en la ministra feminista que, al cabo de cien años de participación femenina en la vida universitaria y laboral, sigue considerando que las mujeres son pequeñas criaturas indefensas e incapaces, necesitadas de cuotas electorales y listas paritarias. Tal vez una más que somera lectura de la historia política baste para reforzar los planteamientos optimistas de Temístocles y Mencken y restar credibilidad a la línea tenebrosa que arranca en los más remotos mitos bíblicos, pasa de mano en mano por los padres eclesiásticos y, ya con las costuras vueltas hacia fuera, reaparece en las filas del feminismo de la paridad y las cuotas.

Durante decenios, la propaganda feminista ha atribuido incansablemente a los máximos representantes de esa entelequia llamada patriarcado, es decir, a los reyes y gobernantes masculinos, el patrimonio exclusivo de todas las violencias políticas, y han profetizado una era de paz inalterable en un mundo futuro gobernado por mujeres. El mensaje irá perdiendo fuerza y credibilidad por sí solo a medida que aumente el número de mujeres que ocupen puestos de alta responsabilidad, pero un vistazo rápido a los manuales de bachillerato podría haber evitado profundos complejos de culpabilidad histórica a una inmensa mayoría de varones bienintencionados y crédulos. La lección que nos enseña la historia es que el comportamiento de las mujeres alzadas al pináculo del poder no ha diferido sustancialmente del observado por los hombres, y que nunca la espada del gobierno ha mostrado aristas más suaves porque la haya blandido una mujer. Con frecuencia, las poderosas damas reinantes han utilizado el poder con tan injustificado rigor e innecesaria crueldad como cualquiera de sus homólogos masculinos, aunque quizás con una mayor intransigencia hacia los agravios personales y una mayor tendencia, ya desde la noche de los tiempos, a convertir lo personal en político. Veamos algunos ejemplos:

*** **Olimpia de Epiro** (375-315 a.C), madre de Alejandro Magno, fue inductora de la muerte de su ex marido, el rey Filipo II de Macedonia, y autora de muchos asesinatos políticos más. Como reina de Macedonia se distinguió por su crueldad y ordenó incontables ejecuciones. En particular, destaca la crueldad con que se deshizo de los demás hijos de Filipo, que podían constituir una amenaza para los derechos dinásticos de Alejandro y para su propia regencia; por ejemplo, no dudó en ejecutar al pequeño Carano, apenas un bebé, mandándolo quemar sobre un lecho de brasas, y añadiendo la crueldad innecesaria de quemar con él a su hermana Europa y obligar a Cleopatra, la madre de ambos, a ahorcarse, pese a que ninguna de las dos representaba amenaza alguna para el trono de Alejandro. Aunque la eliminación de los rivales del soberano formaba parte de las prácticas políticas de la época, el propio Alejandro Magno, que por entonces combatía en Asia contra los ejércitos de Darío, censuró indignado esas muestras de brutal ensañamiento.

*** **Cleopatra**. Su desmedida ambición la llevó a sacrificar la independencia de su país al poder romano con tal de favorecer sus intereses frente a los del partido pro-egipcio, agrupado en torno a su hermano Ptolomeo XIII, con quien compartía el trono. A lo largo de su reinado dio muestras de implacable crueldad, por ejemplo, cuando mandó asesinar sin motivo a los hijos del gobernador romano de Siria que acudieron a pedir ayuda para su padre en la guerra contra los partos. Tras la muerte de Ptolomeo XIII, y según las leyes egipcias, hubo de contraer matrimonio con su hermano menor, Ptolomeo XIV, niño de seis años al que también ordenó asesinar para evitar cualquier merma futura de su propio poder. Por último, también mandó asesinar a su hermana Arsinoe. En la definitiva batalla de Accio huyó prematuramente con sus 60 naves, precipitando así la derrota de su bando.

*** **Zenobia de Palmira**. Nació hacia el 241 d.C. Hija de una familia acomodada de Palmira, contrajo matrimonio con Odenato, jefe militar de Palmira que se proclamó rey tras vencer a los persas, siendo confirmado en su cargo por el emperador romano Galieno, que lo asoció al poder y le concedió el título de "Augusto". A partir de entonces, Odenato se encargó de administrar la parte oriental del Imperio Romano ("corrector totius Orientis"). Odenato fue asesinado en 266 por su sobrino Meonio, tal vez en connivencia con Zenobia, que había organizado el encuentro entre ambos. Desde ese momento, Zenobia ejerció el poder absoluto del reino de Palmira, como tutora de su hijo primogénito Vabalato, e imprimió un giro radicalmente distinto a la política de colaboración con Roma seguida por Odenato, que había hecho la grandeza de Palmira. Lo que Zenobia se propuso fue, ni más ni menos, reinar en solitario sobre todo el imperio romano, empresa de ambición desmedida y carente de realismo. Su problema fue que, enfrente, tuvo al emperador Aureliano, el centurión, hijo de un humilde colono, que llegó a Emperador gracias únicamente a su talento militar y político. Zenobia disponía de un ejército de 70.000 hombres, con los que desafió el poder de Roma. Sus colaboradores (el jefe militar, Zabdas; el primer ministro, Longino), le aconsejaban prudencia, pero la ambición la empujó a enfrentarse abiertamente a Roma, suprimiendo la figura del emperador de las monedas y declarándose independiente del poder romano. Tras vencer en dos ocasiones al ejército de Zenobia, Aureliano cercó Palmira y ofreció a Zenobia una rendición honrosa, que ella rechazó altiva. Cuando las cosas empeoraron, Zenobia –al igual que había hecho su admirada Cleopatra en Accio- huyó y abandonó la ciudad a su suerte mientras sus habitantes morían de hambre. La caballería romana la alcanzó antes de que cruzara el Eufrates y entrara en territorio persa. Llevada a presencia de Aureliano, se mostró altiva, pero cuando oyó los gritos de los soldados que reclamaban su cabeza, cambió súbitamente de actitud, se postró en tierra y comenzó a suplicar a su captor y a echar todas las culpas a sus generales y consejeros. Esta misma actitud la mantuvo posteriormente en el juicio celebrado, donde echó todas las culpas a Zabdas y Longino, según cuenta la *Historia Augusta*. El resultado fue que, por compasión o por cálculo político, Aureliano perdonó la vida a Zenobia y ajustició a sus consejeros. Zenobia figuró en el desfile triunfal de Aureliano, pero ricamente vestida y cargada de joyas, mientras sus criados sostenían las simbólicas cadenas. Luego tuvo un destierro dorado en una lujosa villa de Roma, desde donde pudo aún seguir conspirando y atizando la rebelión en Palmira, lo que ocasionó poco después la destrucción completa y definitiva de la ciudad a manos de los romanos. Aureliano, su vencedor, murió asesinado poco después (275).

*** El feminismo ha encontrado en la bizantina **Teodora** (501-548) -la mujer que pasó de meretriz a emperatriz- una de sus figuras históricas predilectas, a la que atribuye numerosas medidas de promoción de la condición femenina. En particular, se elogia su política de redención de las prostitutas del oficio que ella misma había ejercido en su juventud. En cambio, el historiador Procopio de Cesarea, principal fuente coetánea de información sobre el reinado de Justiniano y su esposa Teodora, da una versión muy diferente de esa medida:

"Teodora prestó también considerable atención al castigo de las mujeres dedicadas al comercio carnal. Ordenó apresar a más de 500 prostitutas del Foro que se ganaban miserablemente la vida vendiéndose por tres óbolos, y las envió al otro lado del estrecho, donde fueron recluidas en el monasterio llamado del Arrepentimiento, para obligarlas a reformar su modo de vida. Sin embargo, algunas de ellas se arrojaron de noche desde los pretilos y, de ese modo, se libraron a sí mismas de una salvación no deseada".¹

¹ Procopio de Cesarea: *Historia secreta*, cap. XVII.

Procopio de Cesarea escribió tres obras sobre el reinado de Justiniano y Teodora. Dos de ellas (*Historia de las guerras de Justiniano* y *Sobre los edificios*) son panegíricos oficiales en los que se engrandece la figura de los monarcas. En cambio, las *Anecdotas* o *Historia secreta* son una implacable recopilación de las crueldades y arbitrariedades de ambos personajes, destinada a circular secretamente y "complementar la anterior crónica oficial con el relato de lo que realmente ocurrió", según confiesa su autor en la introducción. Si damos crédito a todo lo que se cuenta en ese libro, la Teodora histórica no tendría ni el más remoto parecido con el mito profeminista labrado en torno a ella, y se acreditaría, en cambio, como uno de los personajes femeninos más pérfidos de la Historia. En cualquier caso, lo que ningún historiador pone en duda y constituye el acto político estelar del reinado de Teodora es su actitud frente a la revuelta "Nika" -término griego que significa "vencer" y que los revoltosos utilizaron como consigna-, en la que Teodora demostró su temple de estadista y su sangre fría frente a la precipitación del consejo de gobierno de Justiniano. El 18 de enero de 532 la revuelta popular se había apoderado por completo de Constantinopla y la multitud amenazaba con asaltar el palacio real. En la reunión del Consejo Imperial a la que asistía Teodora todos se mostraban partidarios de la huida, y el ánimo de Justiniano empezaba a flaquear. En esos momentos en que cualquier decisión sellaba el destino de la monarquía, Teodora tomó la palabra e impuso enérgicamente su criterio de permanecer y mantenerse firmes a toda costa. "Los que han llevado la corona no deben sobrevivir a su pérdida. Jamás veré el día en que ya no me llamen emperatriz", fueron sus palabras. A Teodora no le tembló el pulso ese día. Las tropas atacaron a los manifestantes concentrados en el Hipódromo y la jornada se saldó con treinta mil muertos, según el cómputo del historiador Gibbon.²

*** **Fredegunda** (545-597) y su mortal enemiga, Brunilda, son las protagonistas de un enfrentamiento que agita los cimientos de los reinos francos del período merovingio y proporciona abundante material para la más tenebrosa iconografía romántica. En la corte del reino franco de Neustria (oeste de Francia), Fredegunda es una simple sirvienta de la reina Audovera, pero pronto se convierte en la amante secreta del rey Chilperico. Su entrada en la historia es fruto de una obra maestra de astucia. La reina Audovera da a luz mientras el rey está ausente por largo tiempo. La ambiciosa Fredegunda ve en el bautizo una ocasión para desembarazarse de la reina, por lo que urde su plan y gana para su causa las indispensables complicidades (como mínimo, la del oficiante). El día de la ceremonia, Fredegunda maniobra para lograr que la madrina elegida para el recién nacido no acuda a la pila bautismal; y ante la impaciencia y la perplejidad de los asistentes, insinúa una solución: nadie es más digna que la propia reina para ser madrina. La ingenua Audovera sigue el consejo al pie de la letra. Sólo tiempo después comprenderá que, con arreglo a la ley de los francos, ser madre y madrina simultáneamente constituye un acto de incesto que la incapacita para reinar. Audovera se resigna y se retira a un convento. Pero cuando Fredegunda se dispone a ocupar su lugar, Chilperico decide contraer matrimonio con Galsuinda, hija del rey godo español Atanagildo. Al cabo de unos meses, Fredegunda, que no puede contener su rabia y su impaciencia y cuenta probablemente con el asentimiento de Chilperico, manda estrangular a Galsuinda mientras duerme. Para entonces, Fredegunda tiene 22 años y ha eliminado ya a dos reinas. Ahora nada se interpone entre ella y la corona.

Galsuinda será vengada por su hermana Brunilda, esposa de Sigiberto, hermano a su vez de Chilperico y rey de Austrasia (reino franco asentado sobre los actuales territorios del este de Francia, oeste de Alemania, Países Bajos, Austria y Suiza). El asesinato de Galsuinda abre entre Fredegunda y Brunilda una rivalidad que, durante

² The Decline And Fall Of The Roman Empire, cap. XL.

años, va a sumir a los reinos francos en una guerra sin cuartel. En 575, en uno de los episodios de esa lucha, Fredegunda convence a dos de sus servidores más fieles para que asesinen al rey Sigiberto, y les facilita los puñales envenenados con los que llevan a cabo su crimen. Brunilda cae entonces en poder de Fredegunda, pero se las arregla para seducir a Meroveo, hijo de Chilperico y Audovera y heredero del trono de Neustria. En ausencia de los reyes, Meroveo y Brunilda logran que Pretextato, obispo de Ruán, los una en matrimonio. Fredegunda aprovechará el incidente para sembrar la enemistad entre padre e hijo hasta lograr que Meroveo sea inhabilitado para reinar y, poco después, muerto en un incidente que se hace pasar por suicidio. En cuanto a Pretextato, la reina Fredegunda lo hará asesinar mientras está celebrando el oficio divino, y acudirá después a su lecho de muerte, fingiendo asombro e indignación por el crimen, aunque el prelado agonizante no le ahorrará sus reproches y maldiciones. Días más tarde, Fredegunda es increpada en su palacio por uno de los grandes del reino, que le reprocha su crimen. Cuando el noble abandona la sala, Fredegunda envía tras él a un sirviente que lo invita a comer. El noble rechaza el ofrecimiento. El sirviente insiste en que, si no quiere ofender a su señora, acepte al menos una copa de absinta. El sentido de la hospitalidad prevalece, y el franco vuelve sobre sus pasos y bebe el licor preparado por Fredegunda. Nada más salir del palacio se dobla sobre sí mismo, agitado por los espasmos de dolor causados por el veneno, y cae muerto.

Poco después, Fredegunda trama otro complot contra Clodoveo, el último hijo de Audovera y Chilperico. Para ello, acusa a la amante de Clodoveo de emplear artes mágicas contra los reyes y, bajo tortura, la obliga a confesar su imaginario delito e implicar como cómplice al príncipe. Fredegunda ordena el traslado de Clodoveo a otra ciudad por vía fluvial y encarga a sus esbirros que asesinen al príncipe y arrojen su cuerpo al Sena. Un pescador encontrará el cadáver y le dará sepultura junto a su choza. Con este crimen, Fredegunda deja expedito el camino del trono para sus propios hijos. Para completar su venganza manda quemar viva a la madre de la amante del príncipe, a la que acusa de ejercer toda clase de sortilegios y maleficios contra la familia real.

En 584, el rey Chilperico es asesinado al volver de una jornada de caza, cuando desciende del caballo. Esa misma mañana, el rey había descubierto la infidelidad de su esposa con uno de sus caballeros, un tal Landry, y según algunas fuentes, Fredegunda habría organizado el asesinato de su propio marido por temor a sus represalias. El hecho de que el cadáver del rey asesinado permaneciese tendido en el lugar del crimen, abandonado de todos, hasta que el obispo de Senlis, compadecido, le dio sepultura, y la precipitada huida de la reina hacia París, avalan la credibilidad de esta versión del regicidio por encargo de la esposa infiel.

Célebre, e histórico, es el episodio del baúl con el que Fredegunda trató de asesinar a su propia hija, Rigunda. Las relaciones entre ambas no eran buenas, y en sus discusiones llegaban con frecuencia a las manos. La principal causa de sus desavenencias eran -según cuenta Gregorio de Tours, contemporáneo de los hechos- los frecuentes adulterios de la princesa. Un día en que Rigunda recriminaba a su madre por su tacañería y le reclamaba una mayor participación en sus riquezas, Fredegunda abrió un pesado baúl lleno de joyas y telas preciosas y dijo a su hija: "Toma lo que quieras y deja ya de importunarme". Cuando Rigunda se hallaba de rodillas rebuscando en el fondo del baúl, Fredegunda cerró violentamente la tapa y mantuvo la presión con todas sus fuerzas, con intención de asfixiar a su hija. A los gritos sofocados de ésta acudió la servidumbre e impidió la muerte de la princesa.

Para Fredegunda, el crimen es una forma de gobierno como otra cualquiera, y son numerosos los asesinatos que encomienda a sus sirvientes. Si éstos flaquean a la hora de perpetrarlos o fallan en su empeño, Fredegunda les reserva un pago atroz.

Los sucesivos emisarios que envía para atentar contra los reyes rivales (Gontrán, rey de Borgoña y hermano de Chilperico; Brunilda; o el hijo de ésta, Childeberto, rey de Austrasia tras la muerte de su padre por encargo de Fredegunda) reciben, como pago de su fracaso o su pusilanimidad, la muerte por envenenamiento o por medios más horribles. Por ejemplo, en 585, Fredegunda envía a la corte de Brunilda a un sacerdote con el encargo de ganarse la confianza de la reina de Austrasia y, luego, asesinarla. El hombre es descubierto y, bajo tortura, revela su verdadera misión. Brunilda no pierde el tiempo en castigarlo y se limita a devolverlo a su ama, previendo la suerte que espera al desdichado. En efecto, Fredegunda ordena que corten manos y pies a su fracasado agente. Cuando su hijo Teodorico muere a los pocos meses de nacer, Fredegunda, que atribuye la desgracia a algún maleficio, manda torturar a varias damas de la corte y asesinar al prefecto de palacio, tras un simulacro de destierro a Burdeos. En Tournai, durante un banquete en el que hace correr el vino con especial abundancia, y cuando ya todos los comensales están ebrios, ordena el asesinato de tres nobles que contrarían sus planes. Algunos de los crímenes de Fredegunda tienen un designio político, pero otros sólo obedecen a su inextinguible sed de venganza: por ejemplo, el asesinato de Audovera en 580, cuando es ya una simple particular retirada en un monasterio.

En el invierno de 596, el rey Childeberto y su esposa mueren envenenados. La historia no tiene pruebas concluyentes sobre la autoría del crimen, pero todos los indicios apuntan hacia su principal beneficiaria: Fredegunda, que nada más tener la confirmación del fallecimiento real pone en marcha un ejército para ocupar París. Fredegunda falleció de muerte natural al año siguiente, dejando instalado en el trono de Neustria a su hijo Clotario, que consumaría años más tarde, en el frágil cuerpo de una Brunilda ya anciana, una terrible venganza digna de su implacable madre: Brunilda murió arrastrada por los campos, atada a la cola de un caballo desbocado.

*** **Irene** (752-803), emperatriz de Bizancio, era ateniense, huérfana, de origen oscuro. Gracias a su belleza y a la poca importancia que se concedía en Bizancio a los orígenes de las prometidas reales, en 768 contrajo matrimonio con el futuro emperador León IV. Tras cinco años de reinado (775-780), León IV murió, e Irene asumió la regencia. Su hijo, el futuro Constantino VI, tenía entonces sólo 10 años y, para su desgracia, el poder supremo era el interés máximo de Irene. Cuando Constantino tuvo edad de reinar, Irene, que había tomado la precaución de sustituir las tropas acantonadas en Constantinopla por regimientos de su plena confianza, obligó a los soldados a formular este insólito juramento: "Nunca, mientras vivas, reconoceremos como emperador a tu hijo". A los veinte años, Constantino VI vivía prácticamente preso en su propio palacio por orden de su madre. Las tropas de Asia Menor no estaban de acuerdo con esa anómala situación y se sublevaron. Irene se asustó, entregó el poder a su hijo y se retiró al Eleutherion, su palacio personal en las afueras de Constantinopla. Pero el nuevo emperador no guardaba rencor a su madre. Apenas transcurrido un año (enero de 792), Irene lograba que su hijo la admitiese de nuevo en su Corte, asociándola al poder. Irene había aprendido la lección y decidió que esta vez no se precipitaría. Así fue como, durante cinco años, tejió pacientemente la tela de araña en la que acabaría atrapando a su hijo, único obstáculo para recuperar el trono. Después de minar, mediante sutiles y hábiles maniobras, la inmensa popularidad del emperador, intentó el todo por el todo: encargó a una partida de sicarios que asesinasen a Constantino cuando este volvía desde el Hipódromo a Palacio. Pero Constantino logró huir y cruzar el Bósforo en barco. Al verse descubierta, Irene pensaba nuevamente en implorar la clemencia de su hijo, pero sus colaboradores, sabiéndose perdidos si la conspiración fracasaba, se apoderaron de Constantino mediante un audaz golpe de mano y lo entregaron preso a su madre. Impertérrita, Irene hizo venir al verdugo y le ordenó que sacase los ojos al infortunado emperador, incapacitándolo así definitivamente para reinar. En 802, Irene fue, a su vez, derrocada

y... ¿asesinada? ¿privada de sus ojos? No, simplemente fue exiliada a isla de Prinkipo, donde ella había fundado un monasterio y contaba con toda clase de apoyos y simpatías, y finalmente, ante la reanudación de sus intrigas, a la isla de Lesbos, en la que falleció de muerte natural un año después de su derrocamiento.

*** Otra **Teodora**, emperatriz regente en Bizancio desde 842 hasta 856, detuvo – según cuentan los cronistas de la época- una invasión del rey de los búlgaros con este mensaje: "Si vences a una mujer, tu gloria será nula; pero si eres vencido por una mujer, serás el hazmerreír del mundo entero". Sea cierta o legendaria, la frase es ilustrativa del distinto concepto histórico del ejercicio del poder en función del sexo. El cetro, más pesado de responsabilidades en el caso del hombre, conservaba, sin embargo, intactas sus prerrogativas en manos de la mujer. En la lucha a favor y en contra de las imágenes religiosas que dividió el mundo bizantino durante los siglos VIII y IX (iconoclastas contra iconodulos), Teodora, ferviente devota de las imágenes, se ensañó particularmente contra la secta iconoclasta de los paulicianos, a los que dio a elegir entre la conversión o la muerte. Más cien mil paulicianos renuentes a la conversión fueron exterminados por orden de la emperatriz en Asia Menor. Las consecuencias de ese acto de fanatismo no fueron triviales para el imperio bizantino, ya que extensos territorios bajo influencia pauliciana buscaron desde entonces el amparo del poder musulmán que, con el tiempo, acabaría absorbiendo el imperio bizantino.

*** **Teófano** fue emperatriz de Bizancio de 959 a 969. Cuando quedó viuda del emperador Romano II, buscó una alianza firme que le permitiera conservar el trono frente a las constantes asechanzas de otros miembros de la familia real bizantina. Su elección recayó en el general más prestigioso del imperio, Nicéforo Focas, que tras el matrimonio con la emperatriz subió al trono con el nombre de Nicéforo II.

El nuevo emperador tenía un sobrino, de nombre Juan Tzimisces, que pronto se convirtió en amante de Teófano. Si la historia ha retenido el nombre de ésta, se debe, sobre todo, a su intervención decisiva en el asesinato de su esposo a manos de su amante, el futuro emperador Juan I Tzimisces. En los primeros días del año 969, Teófano y Juan Tzimisces pusieron en práctica un plan cuidadosamente elaborado por ambos durante las asiduas visitas de Juan al gineceo.³

Durante los días anteriores al asesinato, los conspiradores accedieron en pequeños grupos al gineceo disfrazados de mujeres y permanecieron ocultos en las habitaciones de la reina hasta la noche señalada para el crimen. En el último momento se les presentó una dificultad imprevista, cuando se enteraron de la costumbre de Nicéforo de cerrar por dentro la habitación en que dormía. Forzar violentamente la puerta equivalía a poner en alerta todo el palacio. Entonces, la emperatriz, con asombrosa sangre fría, se encargó de resolver el problema. "Al caer la noche –cuenta León Diácono, el principal historiador bizantino de la época-, la emperatriz hizo su visita habitual al emperador y le habló de las doncellas recientemente llegadas de Bulgaria, diciendo: 'Voy a asegurarme de que no les falta de nada, pero volveré contigo después. No cierres por dentro la puerta de la alcoba. Yo lo haré cuando vuelva.' Diciendo esto, salió. El emperador dedicó la primera vigilia de la noche a la oración y al estudio de las Sagradas Escrituras, como era su costumbre. Después, cuando la naturaleza llamó al sueño..." Lo que ocurrió cuando la naturaleza llamó al sueño fue que entraron los conspiradores, asesinaron al emperador y mostraron su cabeza a la

³ Una de las particularidades de la corte bizantina era la separación de los apartamentos de la reina en una especie de corte aparte (el gineceo) que podía ocultar muchas sorpresas. Por ejemplo, cuando murió la emperatriz Teodora en 548, apareció en sus apartamentos el antiguo patriarca de Constantinopla, que había pasado en aquel escondite los últimos catorce años, mientras todo el mundo lo creía en el destierro al que había sido condenado por Justiniano.

guardia, que se inclinó ante los hechos consumados. Teófano, sin embargo, no lograría ver cumplidas sus ambiciones, y su vida a partir de aquel momento transcurrió en un segundo plano muy discreto del que ni siquiera la sacaría años más tarde el acceso de su hijo al trono, pero es otra historia.

*** **Leonor de Aquitania** (1122-1204), probablemente, la mujer más poderosa de su tiempo, fue soberana, como heredera del ducado de Aquitania y del Poitou, de una porción sustancial del territorio francés; reina de Francia por su matrimonio con Luis VII; y, posteriormente, reina de Inglaterra por su matrimonio con Enrique II Plantagenet. En 1147 participó con su marido en la Segunda Cruzada; aunque era frecuente que las grandes señoras acompañasen a sus maridos a las cruzadas, Leonor intervino también como señora feudal, al frente de sus mesnadas, aunque sin tener participación alguna en las batallas (a diferencia de su marido, el rey Luis VII, que en la batalla del monte Cadmos se vio rodeado por un número superior de enemigos turcos contra los que se defendió de espaldas contra un saliente rocoso, sin ser reconocido por ellos, hecho que le libró de ser muerto o hecho prisionero). Ya en tierra de infieles, Leonor decidió serlo a su marido y mantuvo amoríos con su tío Raimundo de Toulouse, aunque no fue esa la causa de la ruptura del matrimonio. De vuelta en Francia, Leonor conoció a Enrique Plantagenet, futuro Enrique II de Inglaterra, con quien pactó las condiciones de un próximo matrimonio. Luego logró que un concilio de obispos decretase la ilegitimidad de su vínculo con el rey francés, alegando la existencia de consanguinidad entre ambos. En marzo de 1152 se pronunció el divorcio del rey francés y Leonor, y ésta abandonó París, rumbo hacia sus estados de Aquitania. Dos meses después se casó con Enrique Plantagenet, condición que la convertiría, dos años más tarde, en reina de Inglaterra.

El matrimonio funcionó durante catorce años, hasta que se interpuso la figura de Rosamunda, la amante del rey. Cuando Leonor descubrió la infidelidad de su marido, decidió abandonar la corte inglesa y volver a sus territorios franceses, no sin antes tratar de envenenar a Rosamunda. Durante los años siguientes atizó la guerra sin tregua de sus hijos -entre ellos su preferido, Ricardo Corazón de León- contra su padre, Enrique II Plantagenet. Prisionera en Inglaterra, fue liberada cuando Ricardo Corazón de León asumió el poder y, para los últimos años de su vida, eligió la vida retirada en la abadía de Fontevrault.

*** **Blanca de Castilla** (1188-1252), reina de Francia, gobernó con gran eficacia, mantuvo incesantes guerras con los Plantagenet ingleses (Enrique III) y los nobles flamencos, normandos y bretones enfeudados con esa dinastía, y reprimió con mano férrea la herejía albigense en el sur del país, pero a diferencia de su padre, el rey castellano Alfonso VIII (que salvó milagrosamente su vida en la derrota de Alarcos y, en las Navas de Tolosa, gritó al arzobispo Ximénez de Rada: "Arzobispo, vos y yo aquí muramos", antes de lanzarse ambos al ataque que les daría la victoria), de su esposo Luis VIII de Francia (que murió en su campaña contra los albigenses) o de su hijo Luis IX de Francia (el futuro San Luis, que cayó prisionero de los musulmanes en la batalla de Mansurah, en Egipto, y murió víctima de la peste que diezmo su ejército en la campaña de Túnez), a diferencia de ellos y de los demás monarcas masculinos de la época, esta gran batalladora se mantuvo siempre a la prudencial distancia de los campos de batalla que le permitía su condición de mujer y murió en su cama. También en su haber de mujer hay que consignar los once hijos que dio a luz, a cada uno lo suyo.

A lo largo del siglo XVIII, las mujeres se suceden en el trono y las más altas instancias de poder de Rusia, con la excepción del reinado de Pedro I el Grande, a caballo entre los siglos XVII y XVIII, y algunos brevísimos interregnos masculinos. Es falso el mito de que las mujeres rusas estén recluidas en el *terem*. En todos los reinados hay una

activa presencia de mujeres en los asuntos de gobierno; algunas de ellas organizan abiertamente golpes de fuerza (Catalina I, Ana Ivanovna) o de Estado (Isabel I, Catalina II) para acceder al poder absoluto. Esta actividad política persiste hasta el final de la monarquía, en el que pesó tanto el favoritismo mostrado por la zarina hacia Rasputín.

*** **Sofía**, regente de Rusia entre 1682 y 1689. Opulenta ("una verdadera montaña de carne", dice de ella Henry Troyat) y ambiciosa. Hija de Alexis I y de Maria Milovslaski, tiene dos hermanos varones: el futuro Fedor III e Iván. Además, Alexis I, al enviudar de Maria Milovslaski, se casó en segundas nupcias con Natalia Narychkin, que será la madre de Pedro I el Grande. Por lo tanto, Sofía y Pedro son hermanastros. Cuando muere Fedor III sin descendencia, la Duma proclama heredero a Pedro, dado que Iván, a pesar de ser mayor que Pedro, es medio idiota. Es decir, con Pedro pasa a ocupar el poder su familia materna, el clan de los Narychkin; y queda en segundo plano, el clan de Iván y de Sofía, es decir, los Milovslaski. Algo que no conviene en modo alguno a Sofía, que ha ejercido ya gran influencia durante el reinado de Fedor III (este había delegado todas las tareas de gobierno en Basilio Golitzin, el amante de Sofía). Así pues, tras el advenimiento de Pedro, el clan Narychkin triunfa: sus miembros acaparan todos los cargos.

Pero Sofía, que durante años ha ejercido un poder en la sombra, no se conforma con pasar a segundo plano. Junto con su amante y ex valido Golitzin trama la conspiración para volver al poder, respaldados por todo el clan Milovslaski. El hecho de que Golitzin sea su amante oficial, no impide a Sofía mantener amoríos esporádicos con los oficiales de la guarnición de Moscú, los veinte regimientos de strelitz creados un siglo antes por Iván el Terrible. En particular, mantiene relaciones especialmente estrechas con su comandante, el príncipe Khovanski. Sofía y sus agentes siembran el descontento entre los strelitz con rumores sobre la ilegitimidad del zar Pedro, que por entonces es un niño de diez años, sobre supuestos planes para asesinar al legítimo heredero (Iván, el hermano de Sofía), a lo que acompañan sobornos y promesas. Finalmente, el 15 de mayo de 1682 desencadenan la revuelta, al sembrar entre los strelitz el rumor de que el zarevich Iván había sido asesinado por orden de la regente Natalia. Aunque los strelitz entran en el Kremlin y comprueban con sus propios ojos que el zarevich Iván está perfectamente sano, la revuelta está desatada y durante los próximos días dará lugar a una espantosa carnicería de gentes afines a los Narychkin, comenzando por una lista de cuarenta y seis nombres elaborada por la propia Sofía. A pesar de matar a cientos de personas durante esos días, a los strelitz no se les pasa en ningún momento por la cabeza la idea de pedir cuentas a la jefa del clan, la regente Natalia. Lo más que se oyen son algunos gritos esporádicos contra ella: "¡Al convento! ¡Al convento!", que en aquella época era la forma de saldar las cuentas políticas con las mujeres, en lugar de la tortura y la ejecución sumarias aplicadas a los hombres. Por ejemplo, el hermano de Natalia, Iván Narychkin, que nunca había tenido un papel político relevante y que se entregó voluntariamente a los strelitz para evitar represalias contra los suyos, fue torturado para arrancarle la confesión de crímenes imaginarios, luego herido por innumerables picas que lo convirtieron en un guiñapo sanguinolento y, finalmente, cuando aún estaba vivo, descuartizado lentamente.

Mientras tanto Sofía, que obra a través de terceros y finge estar absolutamente al margen de los acontecimientos, entrega fuertes sumas de dinero a los asesinos y les distribuye los bienes de sus víctimas. Cuando la situación está suficientemente madura, pasa a la fase final de la operación. Debidamente aleccionados, los strelitz reaparecen en el Kremlin y exigen, como condición para poner fin a la revuelta, que Iván, el hermano imbécil de Sofía, sea proclamado zar junto con Pedro. La Duma, aterrorizada, acepta esta reivindicación insólita. A partir de ese momento hay dos zares: Pedro, de diez años, e Iván, de dieciséis. Pero Sofía no desea compartir el

poder. Por lo tanto, dos días más tarde, los strelitz vuelven a la Duma con una nueva solicitud: Iván debe tener un mayor rango y ser el primer zar, mientras que Pedro será solamente el segundo zar. Por último, unos días después, los strelitz exigen que, dada la mala salud de Iván, Sofía ejerza el poder en su lugar como regente. La Duma acepta. Sofía se convierte así en regente del primer zar. Ella ejercerá el verdadero poder en Rusia. El zar Pedro y su madre serán alejados del Kremlin y enviados a la aldea de Preobrajenkoie, a varios kilómetros de Moscú.

Poco después, cuando surjan las discrepancias con una facción de los strelitz por motivos religiosos, Sofía huirá de Moscú y buscará el apoyo del ejército y de los boyardos (nobles). Apenas se siente segura bajo la protección de las tropas, envía un mensaje sumamente cordial al príncipe Khovanski, jefe de los strelitz, invitándole a acudir a una entrevista para tratar de resolver la situación. El príncipe acude, confiado, escoltado únicamente por 36 strelitz. Apenas llegados, Sofía los mandará detener y ejecutar en el acto a todos ellos, que morirán decapitados. A continuación hará una purga inmisericorde en los regimientos de strelitz, manteniendo en Moscú únicamente a los de su confianza.

Sofía emprende dos campañas militares contra los turcos. En ambas impone como comandante en jefe a su amante Golitzin, a pesar de que este no es militar ni conoce el arte de la guerra. Ambas campañas se saldan con estrepitosos fracasos, pero Sofía ordena todo tipo de celebraciones en Moscú y condecora a los vencidos como si fueran vencedores, negándose a reconocer la derrota. Eso sí, cambia de amante.

Mientras tanto, pasan los años y Pedro va haciéndose mayor, lo que constituye una seria amenaza para la regencia de Sofía. Por eso, decide suprimirlo. Su plan es enviar a varios regimientos de strelitz a Preobrajenkoie durante la noche con la misión de apresar y ejecutar a Pedro y a todo su entorno. Pedro es advertido del complot con una hora de antelación y logra huir y refugiarse en un convento fortificado cercano. Pronto afluyen también sus numerosos partidarios. El enfrentamiento entre Pedro y Sofía es ahora abierto. La mayoría de los boyardos se declaran a favor de Pedro, lo que provoca la inmediata defección de los regimientos de strelitz moscovitas, que eran el principal apoyo de Sofía. Esta comprende que ha perdido. Pedro le envía una delegación ordenándole que se retire al convento de Novodievitchi, en los alrededores de Moscú. El desenlace no es tan malo para ella. A fin de cuentas, su condición femenina la libra de la muerte segura que la hubiera aguardado de haber sido hombre. Atrás quedaban siete años de poder absoluto y cuentas represiones.

Pero no es ése el punto final de las ambiciones de Sofía. Ocho años más tarde, el zar Pedro I emprende un largo viaje por Europa, la denominada "Gran Embajada". Sofía aprovecha la ausencia del zar para promover una nueva intentona. Nuevamente los strelitz serán su punto de apoyo. Sofía hace correr el rumor de que el zar, ausente de Rusia desde hace más de un año, ha muerto en el extranjero. Los strelitz, relegados a segundo plano o alejados de Moscú por Pedro I, tratan de restablecer a Sofía en el poder, pero la revuelta es sofocada por el ejército regular. Pedro vuelve precipitadamente a Rusia. Cuando llega a Moscú, la calma se ha restablecido, pero decide acabar de una vez por todas con la amenaza permanente que constituyen los strelitz. Cerca de trescientos de ellos son ahorcados frente a las ventanas que ocupa Sofía en el convento. Otros son ejecutados de diversos modos y, como escarmiento, sus cuerpos permanecen expuestos durante cinco meses en los alrededores del Kremlin, despidiendo un hedor pestilencial a pesar del frío invernal (las ejecuciones tuvieron lugar en octubre de 1698) y siendo devorados por los cuervos. En contraste con esa represión brutal, Sofía, la inspiradora de la revuelta, fue condenada a... profesar como monja en el convento en que hasta entonces había sido una simple residente privilegiada.

*** A Pedro I el Grande le sucede en el trono **Catalina I**, encarnación rusa de la leyenda de Cenicienta. Hija de humildes campesinos de Livonia (territorio de las actuales Estonia y Letonia) muertos a causa de la peste cuando ella era adolescente, fue recogida como sirvienta por un pastor protestante. Las labores domésticas le interesaron menos que la compañía de los soldados rusos que combatían a los suecos en el suelo de Livonia. De amante en amante, fue "ascendiendo" hasta acabar en brazos del general en jefe, Menchikof. A través de éste, conoció al zar Pedro el Grande, de quien fue amante durante años, para acabar convirtiéndose en su esposa. En enero de 1725 muere Pedro el Grande, de resultas de la neumonía y la infección de vías urinarias contraídas tras arrojarse, como buen patriarca, a las aguas heladas del Neva para auxiliar a unos simples marineros cuyo barco había naufragado. Catalina, la huérfana de dos campesinos livonios, se convierte así en emperatriz de Rusia. Durante su reinado se dedicará básicamente a los placeres de la mesa y de la cama: interminables banquetes de los que la emperatriz se levanta tambaleante por efecto del vodka, antes de acostarse con algún joven apuesto al que apenas conoce. Su muerte, atribuida al inmoderado consumo de alcohol, sobrevino en mayo de 1727, dos años y tres meses después de haber sido entronizada.

*** Tras el breve reinado de Pedro II, en 1730 sube al trono **Anna Ivanovna**, que reinará hasta 1740. Aunque su designación como emperatriz estuvo condicionada a la firma de un documento que la convertía en una especie de monarca constitucional, una vez en el poder rompió públicamente el documento en un acto oficial respaldado por las bayonetas de la guarda imperial y, desde entonces, ejerció un poder autocrático. Durante su reinado mostró un desinterés general por las tareas de gobierno, que delegó en su amante, el alemán Bühren, y se dedicó con frenesí a los placeres más extravagantes. Uno de ellos consistía en disparar a todo animal de pelo o pluma que divisase desde las ventanas del Palacio de Invierno en San Petersburgo, por lo que ordenó tener siempre armas de fuego dispuestas y cargadas en todos los aposentos. También se enorgullecía de tener tantos caballos para su uso personal como días tiene el año. Con frecuencia mandaba cantar en coro a sus damas de honor, y no dudaba en corregir con una sonora bofetada a la que desafinaba demasiado o ponía poco interés en el canto. También le gustaba rodearse de enanos y bufones: todos los domingos, a la salida de misa y en presencia de toda la corte, sus enanos preferidos se colocaban en cuclillas imitando los movimientos y cantos de las gallinas; luego debían abofetearse entre ellos hasta hacerse sangre y caer desfallecidos. En una ocasión, una vieja enana de la camarilla comenta que le gustaría casarse. Inmediatamente, Ana Ivanovna organiza la broma que, quizás, constituye el episodio más conocido de su reinado: el matrimonio burlesco de la vieja kalmuka con el anciano noble Mijail Alexeievitch Galitzine y su posterior noche de bodas en una casa de hielo fabulosamente esculpida hasta en los más mínimos detalles para el acontecimiento. El 6 de febrero de 1740, en pleno invierno de San Petersburgo, se celebra un grandioso desfile carnavalesco para acompañar a los "novios" desde la iglesia a su primorosa casita de hielo, donde quedan encerrados durante la noche. La propia reina se asegura de que ambos queden bien acostados sobre su lecho de hielo, y pone centinelas en todas las puertas para evitar que los "recién casados" puedan abandonar su prisión helada. Milagrosamente, ninguno de ellos murió.

Si su primer ministro Bühren era implacable con sus enemigos, ella no le iba a la zaga, y las ejecuciones de sus rivales políticos se sucedieron a lo largo del reinado. Su gobierno se apoyó en una nube de espías y delatores y fue especialmente rígido contra todo conato de oposición o crítica: muchos nobles acabaron descuartizados; otros en Siberia. Durante el reinado de Anna Ivanovna, Rusia entabló dos guerras, la segunda de ellas especialmente cruenta: una contra Polonia, por motivos sucesorios, y otra contra Turquía, de carácter territorial.

*** **Anna Leopoldovna** ejerció el poder durante poco más de un año, como madre del pequeño zar Iván IV. Su breve regencia, caracterizada también por un absoluto desinterés por las labores de gobierno y un interés casi exclusivo por las diversiones y los líos de alcoba, tuvo un final abrupto a manos de Isabel I, como veremos a continuación.

*** **Isabel I de Rusia**, hija de Pedro I el Grande, llega al poder en 1741 tras un golpe de Estado secundado por las tropas de la Guardia Imperial. El día anterior, en una reunión en que la regente Anna Leopoldovna le descubre que está al corriente de lo que se trama, Isabel cae de rodillas y ejecuta una obra maestra de llanto e hipocresía con la que consigue disipar momentáneamente las sospechas de la cabeza de su sobrina la regente. Esa misma noche, en los apartamentos de Isabel en el Palacio de Invierno, se pone en marcha el golpe de Estado. Antes de salir hacia los cuarteles del regimiento Preobayenski, Isabel se postra ante un icono y jura solemnemente en presencia de los conjurados que, si el golpe de Estado triunfa, suprimirá la pena de muerte en Rusia. El recuerdo de Pedro el Grande es demasiado prestigioso en los cuarteles como para que éstos nieguen el apoyo a su hija, y el golpe de Estado triunfa sin dificultad. Las medidas de represión ordenadas por Isabel nada más acceder al poder son implacables. Las purgas subsiguientes fueron extraordinariamente severas. Se celebró un simulacro de juicio contra los anteriores altos cargos. La propia Isabel decidió de antemano las sentencias, inapelables, y asistió al juicio oculta tras una cortina. Las penas impuestas, invariablemente de muerte, adoptaron las más variadas modalidades: descuartizamiento, degollación, decapitación... Cuando los condenados estaban a punto de ser ejecutados en el cadalso, Isabel, que interpretaba a su manera el juramento de suprimir la pena capital, hacía llegar el indulto.

Apenas dos años más tarde, en agosto de 1743, nuevamente hubo rumores de conspiración, instigada esta vez por el embajador austriaco Botta d'Adorno. Este logra huir al extranjero, pero la represión de Isabel contra el resto de los conjurados es feroz. Primero es la tortura física (látigo, tenazas, hierros al rojo vivo) para obtener delaciones, luego la condena a muerte por descuartizamiento y decapitación. No obstante, Isabel, que quiere pasar a la historia con el sobrenombre de "la Clemente", anuncia en un baile que indultará a los condenados. Lo que no impide que se levante un cadalso para cortar la lengua en público a las dos principales implicadas (la Sra. Bestujef y la Sra. Lopukin) antes de mandarlas a Siberia.

Isabel fue desmesurada y arbitraria. En cierta ocasión en que tuvo que raparse el cabello tras los estragos causados por un mal teñido capilar obligó a su vez a todas las damas de la corte a cortarse el pelo al cero. Nunca puso dos veces el mismo vestido. En el incendio de uno de sus palacios ardieron cuatro mil vestidos. No obstante, cuando murió se hizo inventario de su guardarropa y se hallaron 15.000 vestidos más, muchos de ellos sin estrenar.

*** **Catalina la Grande**. Princesa alemana, se convirtió en Gran Duquesa rusa por su matrimonio con el futuro Pedro III. Su principal función como princesa consorte era dar descendencia legítima al trono, así que tuvo tres hijos, ...los tres ilegítimos: el primero (futuro zar Pablo II), de Saltykov; el segundo, de Poniatowski; y el tercero, en una época en que ya no convivía con su marido, de Gregorio Orlov. Este tercer embarazo lo ocultó, y cuando su curso natural se hizo demasiado visible, permaneció en cama fingiendo una torcedura de tobillo, que la "retuvo" durante semanas en el lecho con un pie aparatosamente vendado. Llegado el momento del parto, para evitar cualquier indiscreción, encargó a uno de sus sirvientes de máxima confianza que incendiase su casa, situada en las cercanías del palacio. Al ser las casas de madera, el incendio se propagó pronto a todo el barrio, lo que mantuvo centrada la curiosidad general durante las horas críticas del parto, que tuvo lugar en un ala apartada del edificio.

Catalina llegó al poder tras dar un golpe de estado contra su marido (Pedro III), al que sus amigos, encabezados por su amante Gregorio Orlov, dieron muerte. Poco después moría, también asesinado por sus guardianes, el zar Iván VI, depuesto por Isabel I de Rusia cuando tenía dos años, y en prisión desde entonces, al igual que su madre (la regente). Catalina, además de usurpar ilegítimamente el poder (dos regicidios en dos años), lo ejerció con total despotismo. Mantuvo guerras expansionistas contra turcos, suecos y polacos, y aumentó considerablemente (en un tercio) el territorio ruso a costa de ellos. Tuvo incontables amantes, todos ellos "oficiales" y con gran influencia en el gobierno. A todos los cubrió de honores y riquezas. Orlov fue desplazado del lecho imperial por Potemkim, su ministro más capaz, amante imperial durante dos años. Cuando dejó de resultar suficientemente excitante para la zarina, Potemkim se encargó de escoger para ella, con gran astucia política, los amantes sucesivos (Zavadovski, Zoritch, Rimsky-Korsakov, Lanskoï, Ermolov, Mamonov, Zoubov). No sólo Potemkim velaba por abastecer el lecho de la soberana con adonis sin aspiraciones políticas, sino que también intervenía una "probadora" o "catadora" (una alta dama de la Corte, primero la condesa Bruce, después la Sra. Protassov) que garantizaba el buen rendimiento sexual de los aspirantes y daba su visto bueno antes de conferirles la condición de amantes titulares de la emperatriz, posición que los colmaría de riquezas y honores. Aunque mantenía correspondencia con los principales filósofos ilustrados de la época (Voltaire, Diderot, Grimm...), Catalina ejerció una autocracia sin fisuras, favoreció los intereses de la nobleza rusa a costa de endurecer la condición de los siervos y se opuso con todas sus fuerzas a la revolución francesa. En una época en que los siervos se vendían en lotes, junto con muebles y enseres, y en las gacetas locales eran habituales los anuncios del tipo: "vendo una sierva de 16 años y dos armarios nuevos", Catalina, la amiga de los filósofos ilustrados, batió todos los récords, llegando a distribuir más de ochocientos mil "almas" en regalos y recompensas a sus amigos y amantes. Las profesiones de filantropía reiteradas en sus cartas a los enciclopedistas franceses tampoco fueron impedimento para que Catalina reprimiese con dureza medieval la revuelta campesina dirigida por Pugachev.

*** **Isabel la Católica**, hermana del rey Enrique IV, disputó los derechos dinásticos a la hija del monarca y heredera legítima, Juana la Beltraneja, y alumbró con ello una contienda civil que duraría cuatro años. Aprovechó el descontento de una facción de la nobleza, que destronó al rey simbólicamente en la llamada "farsa de Ávila" y forzó la situación hasta lograr que el rey la reconociera como sucesora en el pacto de los Toros de Guisando, que fue denunciado por el propio rey dos años más tarde en Valdeozoya tras el matrimonio de Isabel con Fernando, heredero de la corona de Aragón. Isabel hizo caso omiso de esta revocación y, a la muerte del rey, se autoproclamó reina en un verdadero golpe de Estado, lo que dio lugar a la guerra civil entre sus partidarios y los de la Beltraneja. Como es costumbre en el caso de reinas o aspirantes a serlo por la fuerza de las armas, ella no intervino nunca personalmente en las luchas, ya que encomendó a su marido, príncipe aragonés, la dirección de su ejército castellano. Fernando, en cambio, si se expuso al peligro de esas batallas a favor de su esposa, en particular en la batalla decisiva de Peleagonzalo (1476). La gran capacidad mostrada por Isabel como gobernante dejó pronto en segundo plano, incluso para la Historia, la cuestión de su legitimidad como soberana. Gobernó como lo hubiera hecho el monarca más celoso de su autoridad en su época, y sin mostrar ningún escrúpulo femenino o feminista: expulsó de España a los judíos y se apoderó de sus bienes, combatió a los moros de Granada hasta su expulsión, creó la Santa Inquisición y sus hogueras, comenzó la explotación de los indios en América, etc. Por cierto, también creó unas curiosas Escuelas de Palacio, de las que formaban parte jóvenes de ambos sexos de las familias más ilustres del reino, que acompañaban a todas partes a la corte itinerante de aquellos tiempos y estudiaban bajo la dirección de

personajes como Pedro Mártir de Anglería, Lucio Marineo Sículo o Beatriz Galindo, la Latina. Sí, sí, jóvenes de ambos sexos.

*** **Catalina de Médicis** fue la instigadora y verdadera responsable moral de la Masacre de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) que costó la vida a unos 4000 protestantes en París y a varias decenas de miles más (entre 20.000 y 60.000, según los autores) en el resto de Francia. Su activa participación en la política y las guerras de religión de Francia no representó para ella, como mujer, los riesgos que llevaron a la muerte a su hijo Enrique III (asesinado en 1589 por el fanático monje católico Clément), su yerno Enrique IV (asesinado en 1610 por el no menos fanático Ravailiac), o para el padre de Enrique IV, Antonio de Borbón, Condestable de Francia, muerto en 1562 de un disparo de arcabuz en el sitio de Rouen, o su hermano Luis I, príncipe de Condé, jefe del partido hugonote, muerto en la batalla de Jarnac (1569), por citar sólo a algunos miembros de su familia muertos en la contienda entre católicos y protestantes franceses.

*** **María Estuardo**. La biografía de María Estuardo (1542-1587) es, literalmente, una intensa novela romántica. Pero su aureola de heroína trágica no está exenta de tenebrosidades, entre las que destaca el asesinato de su segundo esposo Henry Darnley, rey consorte de Escocia. Dos años después de haber superado con su empeño y decisión característicos todos los obstáculos políticos que se oponían a su matrimonio por amor con el jovencísimo Darnley, María Estuardo está decepcionada y cansada de su esposo, al que no perdona su participación en la conspiración para asesinar al secretario personal de la reina y personaje omnipotente en Escocia, el advenedizo italiano David Riccio. Entonces entra en escena el conde de Bothwell, noble escocés del que María se enamora perdidamente y al que ofrece su mano y, con ella, la corona a cambio de su ayuda para desembarazarse de Darnley. Éste, que siente su vida en peligro, se ha retirado al castillo que su padre, el conde Lennox, tiene en Glasgow. Allí se siente seguro, protegido por las murallas de la fortaleza paterna y con un barco siempre preparado en el puerto para una huida precipitada. En las fechas en que todo está listo para su asesinato, Darnley yace en su lecho de Glasgow, enfermo de viruela. En tales condiciones, la conspiración contra su vida parece condenada al fracaso. Y ahí es donde interviene decisivamente María Estuardo, que finge un repentino interés por la salud de su esposo, acude a visitarlo a Glasgow, le hace creer que desea la reconciliación y logra convencerlo para que vuelva a la Corte. En pleno mes de febrero, el rey hace el viaje desde Glasgow a Edimburgo en la litera que María Estuardo ha tomado la precaución de llevar consigo. Pero llegados a Edimburgo, en lugar de conducir al enfermo a cualquiera de las residencias reales, lo llevan a una humilde casa de los suburbios, alegando que la viruela podría ser contagiosa. Al cabo de unos días, durante los cuales María Estuardo no deja de visitar frecuente y ostentadamente a su marido enfermo y fingir un constante desvelo por su bienestar, en la madrugada del 10 de febrero de 1567, se produce una terrible explosión y la casa salta por los aires. El cuerpo sin vida de Darnley aparece en el jardín. Tres meses más tarde, el 15 de mayo de ese año, María Estuardo y lord Bothwell, la pareja asesina, contraen matrimonio en medio de la hostilidad general del país y de los lores en particular, que poco después fuerzan la huida de Botwell y retienen prisionera a la reina. Bothwell busca refugio en Dinamarca, donde las autoridades no pueden emprender ninguna acción judicial contra él y, en principio, lo ponen en libertad. Pero -ironías de la opresión patriarcal- una antigua amante lo denuncia por incumplimiento de una supuesta promesa de matrimonio hecha por Bothwell años atrás y consigue que lo metan en la cárcel, donde morirá diez años más tarde. María Estuardo conseguirá también huir de Escocia y pedirá asilo en el vecino reino de Inglaterra.

*** Pero en Inglaterra reina otra mujer, la protestante **Isabel I**, con la que María Estuardo mantiene desde hace años una doble rivalidad como católica y como aspirante legítima al trono inglés. Isabel I, en lugar de conceder el asilo solicitado por la católica reina de Escocia o permitirle proseguir viaje hacia otro país, hará prevalecer las viejas animosidades personales, religiosas y dinásticas, y retendrá a María por la fuerza y contra todo derecho en Inglaterra durante casi veinte años. Durante todo ese tiempo, María Estuardo es una presencia incómoda para Isabel, ya que cuenta con muchos partidarios católicos en Inglaterra y en el extranjero y es la heredera natural del trono de Londres. Así que Isabel decide poner en práctica una de las obras maestras de la intriga policial de todos los tiempos, urdida por Walsingham, su ministro de la Policía. Para ello, no sólo infiltran a sus agentes en los círculos católicos que corresponden en secreto con María Estuardo, sino que inducen, desde dentro de ellos, una conspiración *controlada* para asesinar a la soberana inglesa. Toda la correspondencia secreta entre María Estuardo y sus partidarios es interceptada, descifrada y copiada por los agentes de Isabel antes de llegar a su destino. Maniobrando hábilmente, los agentes de Walsingham logran arrancar a María Estuardo la pieza de convicción que tanto necesitan: la aprobación del asesinato que se trama. Este será el error definitivo de María Estuardo, que la llevará al cadalso en 1587 y la convertirá, definitivamente, en una reina de leyenda. Para Isabel I, la vencedora, el saldo no será tan positivo: la historia siempre la retratará como la gobernante pérfida que apresó ilícitamente a una reina que le pedía asilo o libre paso y urdió contra ella toda clase de mezquindades hasta lograr su condena a muerte.

A Isabel I tampoco le tembló la mano al enviar jesuitas y todo tipo de predicadores católicos al martirio: a partir de 1580 los ahorcamientos y descuartizamientos de católicos son frecuentes, y en los años siguientes 250 católicos morirán a causa de religión, y sólo el temor a agotar la paciencia de la Santa Sede y de España puso freno al celo represor de Isabel. En otros casos, la persecución consistió en penas de prisión, apartamiento de los hijos de familias católicas para educarlos en el protestantismo y, sobre todo, imposición de multas a los súbditos que no acudiesen al servicio religioso anglicano, una curiosa forma de aumentar los ingresos del Tesoro.⁴ Otro recurso de Isabel, mucho más conocido, consistió en dar vía libre a sus corsarios preferidos, Hawkins y Drake, para que saquearan los galeones españoles y le entregaran, eso sí, la parte del botín que le correspondía.

El vestuario de Isabel I comprendía 3.000 vestidos y, según afirmaba el embajador francés de Maisse, no habría cabido en una casa de dimensiones medias. Su colección de cremas y perfumes llenaba varias habitaciones. En 1579, con ocasión de los proyectos de boda de Isabel con el príncipe d'Alençon, hermano del rey de Francia, un tal John Stubbs, protestante puritano, tuvo la osadía de escribir un panfleto contra la católica familia real francesa y denunciar las consecuencias negativas que tendría la boda para la Inglaterra protestante. Isabel ordenó que le cortasen la mano derecha.

*** A Isabel I la había precedido en el trono inglés su hermanastra católica **María I Tudor** (1515-1558), quien, en su breve reinado de cinco años, se ganó merecidamente el apodo popular de Bloody Mary (María la Sanguinaria) con que ha pasado a la historia, debido a la implacable persecución que desencadenó contra los

⁴ En general, la persecución religiosa protestante fue muy lucrativa para los Estados que la ejercieron, y una de las razones de su éxito fue el entramado de intereses económicos que creó (lo mismo que ocurrió siglos más tarde con la Revolución Francesa). En los estados alemanes, la reforma luterana hizo posible la confiscación de la mayor parte de las propiedades eclesiásticas valiéndose de un subterfugio no exento de sutileza: los bienes acumulados secularmente por la Iglesia Católica procedían, en buena medida, de las donaciones destinadas a la salvación de las almas; por lo tanto, al suprimir la noción de Purgatorio, la Reforma libera esos bienes para su adquisición por los particulares, que, de ese modo, pasan a ser los principales paladines de una reforma que los ha enriquecido y cuyo triunfo está estrechamente unido a la conservación de esas nuevas riquezas.

protestantes y los nutridos grupos de ellos que envió a la hoguera o al cadalso. En los cuatro años que van de 1554 a 1558, Bloody Mary quemó en la hoguera a cerca de 400 protestantes, cifra que hace palidecer a las de la Inquisición Española, cuya cifra total de ejecuciones en tres siglos de historia no pasó de 3.000 en todo el territorio peninsular.

*** **Cristina de Suecia** (1626-1689), reina desde los 6 años, renuncia al trono a los 28, pero no por ello se considera despojada de sus prerrogativas reales. En 1657, durante su estancia, ya como simple particular, en el palacio de Fontainebleau, cedido como residencia provisional por el rey francés Luis XIV, se producen los acontecimientos de la "Galería de los Ciervos", que ponen al desnudo ante toda Europa la personalidad de esta reina culta y excéntrica. Cristina tiene por entonces a su servicio a dos personajes que se odian ferozmente: el conde Santinelli y el marqués Monaldeschi. Éste, hábil falsificador, simula la letra de su rival Santinelli y, en secreto, prepara un escrito en el que se vierten injurias contra la ex reina y se desvelan sus aspiraciones al trono de Nápoles. Después abandona ese escrito en un lugar conveniente, a fin de que la reina *lo descubra por casualidad* y despida a Santinelli. Pero Cristina es demasiado inteligente para dejarse engañar por una trampa tan simple, y demasiado orgullosa para permitir que el personal de su séquito la engañe.

Unos días después del *descubrimiento* del escrito, Cristina hace venir a un confesor, el padre Le Bel. En su presencia, revela a Monaldeschi que lo sabe todo. Éste observa al confesor y, a cierta distancia, un grupo de tres hombres armados. Aterrado, cae de rodillas ante Cristina y pide perdón por su falta. Cristina le manda levantarse y se dirige a la inmediata Galería de los Ciervos, llamada así por las veinte cabezas de ciervos modeladas en yeso que recorren su parte alta. Monaldeschi la sigue, vertiendo toda clase de explicaciones y súplicas. Cristina escucha imperturbable durante largo rato. Cuando se cansa, llama al padre Le Bel y le dice fríamente: "Padre, preparad a este hombre para la muerte". Ni las súplicas del condenado ni la intercesión del buen padre hacen mella alguna en el ánimo de Cristina, que se retira a una estancia próxima. El padre Le Bel corre tras la ex soberana, se arrodilla ante ella, le recuerda que está fuera de su país y que, al pronunciar una condena de muerte, ofendería al rey de Francia. Cristina se muestra impasible: "Yo sólo tengo que responder de mis actos ante Dios, no ante el rey de Francia", dice sin mostrar el menor asomo de indulgencia. Entonces se producen las atrocidades de una matanza interminable, ya que Monaldeschi lleva una cota de mallas bajo sus ropas, por lo que es herido repetidamente en las extremidades y en la cabeza antes de que uno de los esbirros consiga atravesarle el cuello con su espada.

Cuando se conocen, los hechos causan perplejidad y escándalo en París. Sin embargo, en una carta al nuncio apostólico de Viena, Cristina muestra su extrañeza ante la repulsa suscitada por los acontecimientos: "Cuando yo reinaba, sólo exigía de mis súbditos una obediencia ciega y la ejecución de mis órdenes sin replicar. Yo era la única señora absoluta... Ahora ha cambiado mi fortuna, pero no mis sentimientos. Así que hago ahora en pequeño lo que antes hacía en grande."

(2006)